

*Antoni Batista*

# LOS PORTAVOCES DE DIOS

FRAGMENTA EDITORIAL

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL  
Plaça del Nord, 4  
08024 Barcelona  
www.fragmenta.es  
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 89

Primera edición FEBRERO DEL 2023

Dirección editorial IGNASI MORETA  
Producción editorial MARIA CALLÍS  
Asistente de producción BERTA ANDREU, LAURA CONDE  
Corrección MAYKA LAHOZ, ANA ORENGA

Impresión y encuadernación ROMANYÀ VALLS, S. A.

© 2023 ANTONI BATISTA  
por el texto. Autor representado  
por IMC Agència Literària

© 2023 FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. U.  
por esta edición

Depósito legal B. 5564-2023  
ISBN 978-84-17796-80-8

Con el apoyo de  

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

PRINTED IN SPAIN

*Las cuatro fuentes claras que del prado manaban  
los cuatro Evangelios, eso significaban.*

GONZALO DE BERCEO (1198-1264)

## ÍNDICE

PRO-LOGOS	9
LIBRO I: <i>Crónica. Dios editor</i>	19
LIBRO II: <i>Ensayo. El evangelio mediático</i>	35
1 <i>Planteamiento</i> · Inventio	37
2 <i>Nudo</i> · Dispositio	47
3 <i>Desenlace</i> · Elocutio	55
<i>a</i> Carácter comunicacional de los Evangelios	55
<i>b</i> Similitudes entre los evangelistas. Validación recíproca	55
<i>c</i> Mensaje direccional. Protagonismo del receptor	56
<i>d</i> El gran comunicador	65
<i>e</i> Jesús, maestro	73
<i>f</i> Jesús, Dios	75
<i>g</i> Fariseos/diablo, los antagonistas	76
<i>h</i> Enfermos y milagros	80
<i>i</i> <i>Tu es Petrus</i>	82
<i>j</i> La dimensión semiótica de los evangelios. Deontología	85
<i>Bibliografía</i>	90
LIBRO III: <i>El periodismo de la vivencia según san Juan</i>	93
<i>Viaje de la realidad a la ficción</i>	95
1 <i>El Evangelio lógico</i>	95
2 <i>La luz de Éfeso</i>	101
3 <i>Al pie de la cruz</i>	121

4	<i>Los clandestinos</i>	130
5	<i>Inmersión espiritual y momento musical</i>	142
6	<i>Al principio fue el Logos</i>	155
7	<i>La fuente anónima abre una línea de investigación</i>	175

## PRO-LOGOS

EL CRISTIANISMO PROPONE un dios único en tres personas. Un enigma que, de entrada, dio lugar a múltiples interpretaciones y a las consiguientes herejías. Lo proclamó dogma de fe el Concilio de Nicea, convocado por Constantino el Grande el año del Señor 325, lo que supuso la legalización de una religión hasta entonces proscrita, perseguida, juzgada, condenada y hasta martirizada. Los primeros trescientos años de cristianismo fueron, sin embargo, fécondos en la teoría y en la práctica de la historia de la bondad universal. Todavía hoy se invocan aquellos orígenes cuando, precisamente como consecuencia de la bigamia entre la fe y el poder que casó el emperador, tantos creyentes honestos refugian sus dudas y pesares en el tiempo honesto que precedió a la simonía y a la pederastía. Encabezados por un papa que invocó, para su nombramiento, a aquel Francisco humilde en el que ningún papa anterior se había visto reflejado cuando por primera vez se vio en el espejo vestido de blanco.

Las «personas» son la consecuencia latina de las *πρόσωπα* griegas —en transliteración fonética, *prósōpa*—, que eran las máscaras que se ponían los actores para representar a sus personajes, función que hoy desempeñan maquilladores y caracterizadores. Dios era el gran actor, en el sentido más perfecto de la palabra, «el que hace», senti-

do que hemos recuperado en nuestro vocabulario jurídico-político, y se representaba en tres iconografías, cada una con su papel. Se presentó con la figura geométrica del triángulo equilátero para dar a entender paridad y confluencia, y luego la iconografía, con la complicidad de malvados imagineros, hizo estragos que en nada beneficiaron el sentido ecuánime de la matemática teológica.

Hacer visible a un dios a partir de sus personas invisibles no fue afortunado; fue más bien contradictorio, por eso Dios se humanizó en Jesús de Nazaret y admitió el retrato de mil caras y mil artistas, pero fue buena idea para dar a entender la complejidad extraordinaria del fenómeno metafísico por simpatía con la belleza. Los avances científico-técnicos nos permiten dar a la Trinidad nuevos enfoques. Me permito aventurar, en ese sentido, que aquellas ciencias positivas que mataron a Dios, fusilaron sus imágenes y multiplicaron ateísmos racionalistas tal vez evolucionen hacia todo lo contrario, y en un futuro no muy lejano nos ayuden a afirmar a Dios más que a rebatirlo.

Los ordenadores, que se han metido en nuestras vidas, han destrozado el sistema decimal hasta fundir el metro patrón de Sèvres, una aleación de platino e iridio que se evapora en el crisol de un acelerador de partículas hasta contar en base dos, el sistema binario que rige la inteligencia artificial. Esa inteligencia artificial superará a la cerebral, como la ficción superó a la realidad desde que Sherlock Holmes, probablemente ciego de caballo, llegó a hacérselo creer al doctor Watson, tarea nada fácil ante quien practicaba la medicina alópata y no estaba por homeopatías ni herbolarios. E inventó las *fake news*.

La trigonometría ya anticipó a ese dios científico resistente al anticlericalismo. Gracias a ella, el ser humano llegó

al espacio en el que siempre se han empadronado los espíritus: el cielo de la Biblia, el cielo al que vuelan las almas libres de los cuerpos, la ingravidez que predijo san Agustín cuando, en el siglo v, definió el alma como «aquello que no pesa». A mediados del siglo xx, los juegos de las inteligencias múltiples de Gardner dan salida a un sistema ternario: las cotas más altas de la física del pensamiento pensarán en base tres. Martin Gardner fue filósofo, pero desarrolló su pensamiento en el campo de las matemáticas... Y se ganó la vida como periodista. En base tres crecerán los ordenadores de fibra óptica, que relegarán a la prehistoria los que hoy veneramos por su ultimidad y adoramos por ese logo con forma de manzana que Steve Jobs decidió imprimir en ellos, una manzana que fue el fruto paradisíaco del árbol de la ciencia del paraíso terrenal. La vida cuántica, en la que se encuentran la materia y la energía y en la que puede explicarse la eternidad del espíritu en virtud de la fórmula de Einstein.

Este libro habla de Dios desde las ciencias de la comunicación, y pretende que la nueva epistemología de la metafísica que propone comience por la implicación de la retórica clásica entre forma y fondo, sistema binario, pero hablando de un actor ternario, un dios al que, periodísticamente, llamaré «fuente» sin ni siquiera forzar la semántica, pues el dios fuente de vida atraviesa la Biblia, y con el agua mística que emana de sí, bautiza. «Las cuatro fuentes claras que del prado manaban | los cuatro Evangelios, eso significaban», escribió Gonzalo de Berceo cuando se empezó a escribir en castellano, y La Rioja se hizo denominación de origen sin salir de sus versos, que ya hablaban del buen vino. Entre ellos, esos dos que tomo como cita de encabezamiento.

Me gusta el dios trinitario, y este libro se divide en tres libros que se han escrito en tres registros literarios diferentes. Si los que escribimos violentamos pacíficamente los muros que separaban a los géneros, ¿cómo no habría yo de practicar la hibridación genética ante el Génesis más monumental de la historia de la humanidad!

El Libro Primero es una crónica, con el apasionante reto de la ucronía de hacer una enumeración discursiva de hechos que sucedieron antes de que el calendario pusiera el contador a cero precisamente por motivos de regeneración de las Escrituras. Si Heródoto de Halicarnaso fue el primer historiador, fue también el primer periodista, porque ese fue su código formal. Luego, Julio César patentó el presente histórico, y pasamos con él el Rubicón cada vez que leemos que lo vadea. ¿Qué sería de nuestro periodismo sin el presente histórico, que nos autoriza a echar el ayer a la papelera digital? He intentado hacer del periodismo el metalenguaje actual del Antiguo Testamento.

Hacer periodismo del pasado. Jamás habría pensado que eso fuera posible, pero avanzamos a medida que tratamos de cumplir utopías. Ha sido el mismo periodismo el que me ha sugerido que había que desafiar incluso su dogma más pétreo, el de la veneración de la noticia, de lo que es nuevo. Hoy el periodismo se conjuga en tiempo real y en futuro, porque hemos decidido que todo lo que cuenta es altamente fungible y caduca sin que tenga tiempo siquiera de ser envasado en el papel que le hizo el legado máspreciado: los periódicos.

Para abastecer el mercado mediático, puesto que con la realidad no había suficiente materia prima, la hemos manufacturado inventándola, la hemos provocado para poder

contar más de lo que nos ofrecía e incluso hemos clonado personajes gracias a la biotecnología de los *reality shows*. Pero en el pasado queda mucho periodismo: se trata simplemente de relatar la historia con nuestra técnica de relatar historias, que difiere de la de los historiadores, que, al contrario de los citados, decidieron no hacer periodismo. Es más que un juego de palabras, es la propuesta de una nueva epistemología.

Me planteo, pues, hacer periodismo de algo que, suponiendo que sucediera —y, si sucedió, suponiendo que sucediera como la historia nos dice que sucedió—, ocurrió cuando todavía no existía el tiempo y se explicó por primera vez aproximadamente desde donde estamos en positivo, + siglo XXI, hasta donde estábamos en negativo, - siglo XXI. Y entre este dos mil y aquel dos mil, en la bisectriz de los dos mil años antes y los dos mil años después, el personaje Jesús de Nazaret, que vuelve a poner las manecillas de los calendarios en hora. Los años son anteriores o posteriores a su nacimiento. No medimos el tiempo histórico en función del gran emperador Augusto, que fue coetáneo de aquel siglo primero de conquistadores y artistas, y tiene un lugar señero en la historiografía. No contamos el metrónomo largo de la historia por los monumentos literarios de Horacio y Ovidio, ni por la filosofía de Séneca, sino por un Cristo que, desde ese punto de vista, fue prácticamente imperceptible. Porque medimos el tiempo, que es ciencia pura, desde la metafísica. Esa es, príncipe Hamlet, la cuestión que vos recitasteis.

Un texto como el que ustedes tienen entre las manos necesita un aval de credibilidad. Debo a mis lectores un certificado de verosimilitud tan razonable como sea posible. Por eso el Segundo Libro es un ensayo, que parte de una investigación apta para revista científica de impacto académ-

mico. Pero, como es sabido, esos artículos, que a día de hoy ya necesitan siete páginas solo de normas de edición, no se escriben para ser leídos, sino para que computen curricularmente, y suelen ser, en consecuencia, ilegibles. La función del ensayo, ciertamente género literario, es romper el maleficio de la criptografía y, si es posible, embellecer lo que se escribe para ser leído y no descifrado. He tratado de que así fuera, aunque en esa parte no he podido prescindir de citas de autoridad debidamente referenciadas y dirigidas a una bibliografía final.

A la luz de la teoría de la comunicación y de lo que otorga ciencia al periodismo, estudié los Evangelios. Hasta que llegó ese momento mágico en el que necesitas que las palabras se liberen de la fuerza de la gravedad y despeguen para encontrar aquello que jamás dependió de ella. El ensayo crece sobre los tres evangelistas llamados muy gramaticalmente «sinópticos»: Mateo, Marcos y Lucas.

El cuarto Evangelio, atribuido a Juan, a Johannes, me induce al reportaje en forma de lo que hoy llamamos «no ficción», esto es, contar realidades con los recursos narrativos de la novela. Permitiéndome que en algún momento la ficción también parezca real, en el sublime intercambio de géneros, un maravilloso holograma escrito, la sustancia verbal de la holografía. Añado a esa categoría el punto de vista, imprescindible en la definición narratológica. Lo denomino «periodismo de la vivencia», aquel en el cual el narrador se implica en la narración, bien porque ha sido partícipe de ella, bien porque la ha cubierto informativamente o la ha investigado académicamente, y, por lo tanto, aunque sea en la forma indirecta de la mediación, puede ser parte de ella.

Es evidente que ese tipo comunicativo solo lo puedes practicar cuando tienes una edad que te ha suministrado episodios nacionales y te ha liberado de la inmediatez de la noticia, convirtiendo tu periodismo en objeto de un periodismo posterior o del estudio universitario. Pasamos años redactando en tercera persona, explicando lo que sucedía desde la distancia. Hasta que, con el paso del tiempo, los que explicábamos también somos susceptibles de formar parte de lo explicado. Eso admite la primera persona... Moderando el riesgo de que el yo gramatical se convierta en ego psicoanalítico, de que la firma pueda al nombre.

Debo muchos recursos en ese cometido a los norteamericanos, que crearon escuela: Truman Capote empezó *A sangre fría*, Tom Wolfe prendió *La hoguera de las vanidades* y, en la posrealidad del metaperiodismo, Ernest Hemingway contó la guerra civil española desde la realidad y desde la ficción y metió ambas variantes en vasos comunicantes (¡comunicantes!) para que, ya en nuestro hoy, Philip Roth escribiera novelas y se convirtiera él mismo en personaje, con su nombre y su circunstancia, con sus creencias e ideologías, en su barrio y en su país. Hacia ahí voy en el Tercer Libro, que tiene a Johannes como protagonista.

El texto original de Juan fue escrito en griego clásico, lo que significa que se comprende en las claves lingüísticas de nuestra cultura. Es una lengua cuyo conocimiento he ido cultivando a partir del momento adolescente en el que conocí la fascinante aventura intelectual de descubrir un alfabeto nuevo. Así que me he permitido —casi diría que me he regalado— hacer mi propia traducción y compararla con otras, con propuestas etimológicas que en ocasiones pueden alejarse de la ortodoxia hermenéutica en pro de un análisis

que ensancha el modelo interpretativo y que aporta, desde una especulación respetuosa que la teología permite que sea infinita, nuevos pliegues de sentido.<sup>1</sup> Y ello, unido a un estudio en profundidad de sus hermeneutas, me ha inducido a la recreación de un personaje y su tiempo.

Desde el mismo principio, Johannes afirma que antes que nada fue el *lóγος*, el *logos*, ese sufijo que añadimos a los tratados de todas las disciplinas del pensamiento. He contado una treintena, porque el diccionario permite buscar por el prefijo, pero ignoro en cuántas voces se incorpora como sufijo: es el del *traumatólogo*, el *egiptólogo* o el *teólogo*. ¡El de las tan citadas *metodología* y *epistemología*! En la tecnología informática del pensamiento, entramos en el ordenador «logueándonos», identificándonos bajo el alias llamado *login*.<sup>2</sup> También es ese inicio que llamamos *prólogo*, esto es, ‘antes del principio’, un estado que no puede residir más que en la eternidad. El reportaje del periodismo de la vivencia es el Tercer Libro, con voluntad intelectual de rozar la novela. Y sobre una inversión térmica de la cronología, del *cronologos*, me lanzo a reinventar el periodismo contando desde el periodismo no el presente, sino el pasado más lejano, y me siento libro-libre de prejuicios para dar rienda suelta a la ucronía sin traicionar ni un ápice las horas y los días que me ocupan, puesto que fue aquel el momento de los profetas, y

<sup>1</sup> Agradezco a Eloi Creus, doctor en filología clásica, y a Maria Callís, editora del libro, sus importantes aportaciones en este capítulo y, en general, en la edición tan compleja de este libro.

<sup>2</sup> El término también podría relacionarse etimológicamente con la forma *log*, ‘tronco’, y con el cuaderno de bitácora (*log-book*), en el que se anotaba la velocidad de los barcos, medida históricamente con un sistema que usaba astillas de madera. Véase C. T. ONIONS (ed.), *The Oxford dictionary of English etymology*, Oxford University Press, Oxford, 1966, p. 648-649.

aquello que predijeron vale para nuestro presente, que fue su futuro, aquel futuro que vieron con teleobjetivo para que nosotros lo televisáramos. Comienzo cuando ni siquiera el tiempo había comenzado a medirse y alguien llamado Dios puso orden en el *big bang* creando, para empezar, la luz.